



## Esperanza

Empezado ya el mes de mayo, la naturaleza se llena de signos de esperanza. También parece que se van relajando algunas medidas de la cuarentena. Un peligro puede ser ahora el miedo para ir reanudando la vida. También los discípulos, después de resucitar Jesús, seguían encerrados en su cenáculo. Los cerrojos estaban, ya no fuera, sino dentro de su propia casa. En nuestro caso será miedo al contagio, pero también miedo ante los peligros económicos, sociales, políticos, que se intuyen en el horizonte.

Contra el miedo, la esperanza. Es ella la que, mirando al futuro, puede en verdad decir: irá bien a pesar de todo. El poeta francés Charles Péguy, en su canto a la esperanza, hace hablar a Dios. Y el Señor dice que no le asombra mucho la fe (¿quién no creería ante el esplendor de sus obras?) ni la caridad (¿quién no amaría ante la debilidad del hermano?) sino la esperanza. Le asombra que los hombres, a pesar de ver lo mal que marchan las cosas, sigan diciendo: “mañana irá mejor”. Y Dios dice: “grande tiene que ser mi poder para suscitar la esperanza”. Péguy compara la fe a una mujer anciana, la caridad a una madre, y la esperanza a una niña pequeña, corriendo de acá para allá, yendo y viniendo como juegan los niños. Y concluye: todo se hace por los niños, todo se hace por la esperanza.

¿Se puede esperar sin ser ingenuo? Es importante distinguir esperanza de optimismo. La palabra optimismo la inventaron los jesuitas, y era una crítica a la idea del filósofo Leibniz, según el cual este mundo, habiendo sido creado por Dios, era el mejor mundo posible, el mundo “óptimo”. La teología clásica, sin embargo, no dice que este mundo sea el mejor de los posibles. Es verdad que el mundo, habiendo sido hecho por Dios, es una obra de arte, pues, aunque en Él haya mal, Dios es capaz de encauzar ese mal hacia un bien. Pero Dios, a su vez, podría haber creado mundos mejores. Sucede igual con una sinfonía de Mozart, a la cual en sí misma no le falta nada, podríamos decir que es perfecta, pero Mozart podría haber creado sinfonías mejores.

El optimismo, de este modo, intenta medir a Dios desde el mundo y su perfección. No entiende que Dios supera infinitamente al mundo. Optimismo o pesimismo, de este modo, siguen una misma lógica. Dependen siempre del hombre, de cómo él vea las cosas, del sentimiento que tenga sobre sus propias fuerzas. Por eso a veces oscilamos fácilmente del optimismo al pesimismo, o somos optimistas por la mañana y pesimistas por la tarde.

La esperanza, por el contrario, no mira a las propias fuerzas. Este mundo no es el mejor posible, y sin embargo Dios lo ha destinado a la mejor meta posible, que es Él mismo. La esperanza apunta a una meta que nos supera radicalmente, pero a la vez está segura de alcanzar esa meta. La esperanza no ve la botella medio llena o medio vacía, porque la esperanza no mira solo a la botella, sino a la fuente que llena la botella, y por eso entiende que la botella está siempre llenándose y siempre desbordándose.

Santo Tomás de Aquino se pregunta cómo puede el hombre estar hecho para Dios, si Dios le supera infinitamente. Pues normalmente todo ser vivo puede saciar los deseos con los que nace, como pasa con el agua o la comida. Y responde que aquello que podemos conseguir por nuestros amigos, lo podemos conseguir de alguna forma por nosotros mismos. Así es la esperanza: la seguridad de que alcanzaremos la meta, no porque nos encontramos fuertes o capacitados para ello, sino porque tenemos por amigo a Dios, pues Él ha derramado sobre nosotros su amor.

Para el tiempo difícil que viene, tiempo de reedificar, no contamos solo con fuerzas aisladas. Tenemos amigos y vínculos, que nos pueden elevar más allá de nosotros mismos. Tenemos, sobre todo, a Dios, que renueva nuestras fuerzas para que podamos encauzar la historia hacia su meta última.



P. José Granados, dcjm

Un símbolo de la esperanza es el ancla. Pues el ancla nos da seguridad, afianzándonos en terreno seguro. Esta ancla, en la visión cristiana, está atada al cuerpo resucitado de Jesús, que ha alcanzado ya su meta última en Dios. Por eso la esperanza cristiana tiene un punto fijo en el futuro, su seguridad es una seguridad en camino, que nos permite arrostrar todos los miedos.